

ron después con los rusos, pues sufrieron en Andrinópolis una completa derrota.

Entretanto, despojándose de sus feroces costumbres de saqueo y de asesinato, aprendieron a transformar sus tiendas en moradas fijas, y a pedir a la tierra el sustento que antes ganaban con sus espadas. Aquel territorio tan fecundo, que reposaba había largo tiempo, recompensó sus afanes con tal abundancia, que en breve acudieron allí muchos en busca de pan y de trabajo. Musulmanes, bohemios, polacos, griegos, armenios, sajones, turquios, suevos, cumanos, se trasladaron allí en colonias. Con ellos penetraron en el país las primeras nociones del cristianismo (972), que se propagó luego por San Adalberto cuando administró el bautismo al vaivoda Geysa. Como un obispo reconviniere a este prosélito, en razón a que servía a la vez a los dioses de su patria y al que murió en la cruz, respondió lo siguiente: *Soy bastante rico para adorar a todos los dioses juntos.*

San Esteban.—Su hijo Voico tomó en el bautismo el nombre de Esteban (997) que ilustró con sus proezas. Descontentos los magnates magiares con verse obligados a poner en libertad un gran número de esclavos cristianos, se declararon en abierta rebelión; pero habiéndose hecho armar el caballero Esteban, a la usanza alemana, marchó contra ellos, obtuvo la victoria y les ordenó bautizarse: los que le prestaron obediencia se hicieron objeto de sus favores, y redujo a los recalcitrantes a la condición de esclavos.

A la sazón la Hungría se extendía al Norte hasta los montes Carpatos, al Oeste encontraba las marcas de Moravia, Baviera y Carintia; al Sur el Danubio y el Drava; y llegó hasta el Alt cuando Esteban hubo adquirido la Hungría Negra (1002). Posteriormente la ocupación del Firmio y de la Eslavonia abrió a Ladislao I la Croacia (1091), que fué conquistada, a excepción de las ciudades que quedaron a los venecianos.

Repartióse el país entre diez obispos, dependientes del arzobispo de Gan, con vastos dominios y jurisdicciones. Durante largo tiempo los obispos fueron extranjeros, como lo era igualmente una gran parte de la nación; y se les obligó a servirse del latín, que se convirtió también en idioma de la corte y oficial. Cada diez aldeas debían edificar una iglesia, y todos pagar el diezmo. Esteban llamó a muchos monjes; y para facilitar las peregrinaciones y las relaciones con los demás pueblos, fundó hospicios claustrales en Rávena, Roma, Constantinopla y Jerusalén. Se pidió entonces a Silvestre II que elevase a Esteban a la categoría de rey (1000); y aquel le envió una corona, una cruz que debía llevar siempre ante sí, y el título de apóstol de la Hungría y de legado perpetuo. Enrique II le reconoció por rey, y le dió en matrimonio una hermana suya; Buda y Alba Real fueron el centro de la nueva civilización, y los Carpatos sirvieron de barrera a las hordas asiáticas, que se agitaban en las orillas del mar Negro.

CAPÍTULO XI

FIN DE LOS CARLOVINGIOS.—LOS CAPETOS.

Atacados los Carlovingios por estos nuevos bárbaros, que no solo separaban del imperio hermosas comarcas (Normandía, Hungría, reino de Nápoles), sino que le amenazaban en el corazón, y obligados a dividir la resistencia en todos los puntos, tuvieron que conceder más poder a los duques y barones, y aun a los simples vasallos. Después de empuñar estas armas para su defensa, las conservaron, y cada cual proveyó por su propio arbitrio a lo que creyó del interés de su comarca y de sus dominios. Así se aflojaron y acabaron por romperse los lazos que unían las diversas partes al común centro: cada cual se hizo centro a sí propio, y desde entonces se fundó el sistema feudal completamente, estableciendo de hombre a hombre un encadenamiento de relaciones nuevas desde el rey deprimido hasta el aldeano ensalzado.

¿En qué vino a parar la grande unidad con que esta época fué inaugurada? La venturosa sucesión de cuatro varones insignes había estendido rápidamente el poder de una familia desde las patrias Ardennas, hasta el centro de la Germania y la estremidad de la Italia, sometiendo al mismo dominio los francos, galo-romanos, aquitanios y borgoniones. Pero las conquistas rápidas no asimilan los pueblos, y diferenciándose entre sí estos nuevos súbditos por el lenguaje, origen, leyes e intereses, solo permanecían juntos por la fuerza del ejército y la voluntad de un varón insigne. Estinguida ésta y disuelto el ejército, se separan de nuevo, y la obra de descomposición es secundada por las disensiones domésticas de la familia imperial, donde falta la autoridad en el padre, la sumisión en el hijo, y la comunidad de intereses. Ya la Alemania y la Italia se han separado de la Francia; la corona imperial pasa a los países conquistados por Carlomagno. Hasta la misma Francia queda fraccionada; jamás había estado sometida realmente la Bretaña;

el antiguo territorio de los visogodos entre el Loira, el Ródano y los Pirineos, había permanecido distinto bajo el nombre de Aquitania y Guyena; allende el Ródano, orgullosos los condes de Provenza por haber protegido al país contra los sarracenos, se habían hecho independientes; entorno del Rhin formaban diversas provincias una barrera entre el idioma alemán y la lengua latina.

La Francia, propiamente dicha, es decir, la antigua Neustria, situada entre el Loira, el Mosa y el Escalda y la frontera bretona, era habitada por un pueblo mixto, al cual negaban los alemanes el nombre de francos, atribuyéndoles el de valones o velscos; pero también allí carecía de poder el rey, y circunstancias particulares hicieron que el feudalismo, ya propagado en Italia, recibiera en Francia una organización, y viniera a ser legal antes de hallarse reconocido en otras partes por actos emanados del trono (1). Ya hemos visto a

(1) Feudos de Francia al fin del siglo X, hechos hereditarios.

1.	Vizcondado de Bearn.	819.
2.	Condado de Carcasona.	820.
3.	— de Rouergue.	834.
4.	— de Blois.	850.
5.	— de Tolosa.	—
6.	— de Rosellón.	—
7.	— de Turena.	—
8.	— del Maine.	853.
9.	— de Ponthieu.	859.
10.	— de Boloña.	860.
11.	— de Flandes.	862.
12.	Ducado de Aquitania.	—
13.	Condado de Auvernia.	864.
14.	— de Barcelona.	—
15.	— de Angulema.	—
16.	— de Perigord y alta Marca.	866.
17.	Condado de la baja Marca.	—

Carlos el Calvo conceder á muchos gobernadores que trasmitiesen el honor á sus herederos. La necesidad de la defensa produjo el privilegio de la guerra privada, origen de los demás; y todo se volvía un movimiento continuo de adquirir y consolidar los dominios ó la autoridad. Los duques, gobernadores de las provincias; los marqueses, custodios de las fronteras; los condes, encargados de la administración de justicia; todos los oficiales del rey vinieron á ser dueños de sus ducados, de sus condados ó de sus empleos.

¿Qué es lo que quedaba al rey en su consecuencia? Vano representante de la autoridad nacional, sin autoridad sobre los barones, porque eran fuertes, sin influencia sobre el pueblo de quien le separaban los feudatarios. Habiendo Manfredo, conde de Orleans, despojado á muchas familias, todo lo que Luis el Pio pudo hacer por ellas fué permitirles reclamar en la asamblea general lo que les había sido arrebatado indebidamente. Ni aun la misma corona estuvo al abrigo de sus usurpaciones. Conferían los grandes vasallos á otros, como propietarios libres, las tierras que habían obtenido del rey á título de beneficios, á fin de volverlas á comprar á título de alodios independientes; ó bien se los dejaban á sus hijos bajo el falso título de alodios, lo cual cambió su índole con el trascurso del tiempo. Toda la política de los leudes consistía en sustraer al rey tantas tierras como necesitaban para poder negarle el homenaje. Dueños del territorio, ocupados en cacerías y en combates, dominaban á sus vasallos y á sus colonos, que se cambiaban en siervos del terruño. En la misma Iglesia, única que conserva la antigua gerarquía, es disputado el poder por los seglares: los condes quitaban á los obispos la supremacía de que gozaban en las ciudades, excepto en aquellas donde el poder real se mantiene; poder que, desamparado por los barones, tiene á singular ventura que los arzobispos de Reims y de Tours lo tomen bajo su patrocinio.

Hácese la guerra los barones y condes de vecino á vecino, y algunos, de iguales que eran, se encuentran reducidos á la condición de vasallos.

18.	Condado de Anjou.	870.
19.	Ducado de Gascuña.	872.
20.	— de Borgoña.	877.
21.	Condado de Vexin.	878.
22.	— de Vermandés.	880.
23.	— de Valois.	880.
24.	— de Poitiers.	884.
25.	— de Urgel.	886.
26.	— de Chalons.	887.
27.	Vizcondado de Limoges.	887.
28.	Condado de Bigorre.	887.
29.	— de Letour y de Lomaña.	887.
30.	Condado de Champaña.	887.
31.	Señorio de Borbon.	887.
32.	Vizcondado de Narbona.	887.

de un rival más fuerte que ellos; elevanse otros hasta la categoría de duques de las provincias, y sintiéndose estos últimos poderosos no obedecen ni á los decretos ni á los llamamientos del rey, al cual no tributan sino un aparente homenaje, para dirigir el pueblo á su antojo.

Eudes.—Bien manifestaron los señores de Francia hasta dónde llegaba su atrevimiento, eligiendo, en contradicción con la constitución, un rey extraño á la raza de Carlomagno. Los príncipes de esta familia no habían sabido despojarse de las costumbres germánicas; y resultó de esto que las diferentes naciones, de cuya reunión se formaba la potencia francesa, creyeron amenazada su independencia mientras permaneciesen unidas á los pueblos de allende el Rhin. Defendiendo Eudes, conde de París, á esta ciudad contra los normandos, había demostrado que sabía vencer á los enemigos en lugar de pagarles, y sus pares le elevaron sobre el paves, con exclusion de Carlos III, hijo póstumo de Luis el Tartamudo (887).

Napoleon deseó más de una vez ser el segundo de su raza: Eudes, rey nuevo como él, debió experimentar el mismo deseo; porque no teniendo tradiciones de mando sobre las que apoyarse, se veía obligado á contemplar á los que le habían elevado, á los que sostenían su causa en la lucha empeñada y á los que podían causarle daño; por otra parte ya á sus antiguos señores y repudiando al nuevo, se encontraban libres de toda superioridad, de lo que resultaba que todos, tanto amigos como enemigos, ganaban en poder con detrimento de la corona.

No reinaba, pues, Eudes, sino hasta donde podía alcanzar su espada, que se vió en la necesidad de blandir mientras vivió, porque sus adversarios

33.	Ducado de Normandía.	912.
34.	— de Melgueil.	912.
35.	Condado de Fezenzac.	920.
36.	Condado de Macon.	920.
37.	Señorio de Salins.	927.
38.	— de Bourges.	930.
39.	— de Astarac.	930.
40.	— de Roucy y de Reims.	940.
41.	Señorio de Bellemé.	941.
42.	Condado de Sens.	941.
43.	— de Rethel.	941.
44.	— de Corbeil.	941.
45.	Baronia de Montmorency.	959.
46.	Condado de Menlent.	960.
47.	— de Armagnac.	965.
48.	— de Guines.	975.
49.	Señorio de Montpellier.	987.
50.	Condado de Nevers.	987.
51.	— de Tonerre.	987.
52.	— de Soissons.	987.
53.	— de Vendome.	987.
54.	— de Breña.	987.
55.	Baronia de Fougères.	987.

X. FRANCOS.—Mayordomos de palacio, 614-715.	Págs.	356
XI. Carlos Martel y sus hijos.	365	
XII. ITALIA.—Papas.—Longobardos.	370	
XIII. Pepino rey.—Soberanía temporal de los papas.	379	
XIV. Carlomagno.—Fin del reino longobardo.	387	
XV. Carlomagno conquistador.	396	
XVI. Carlomagno legislador.	407	
XVII. La Iglesia en tiempo de Carlomagno.	413	
XVIII. Literatura.	425	
XX. Fin de Carlomagno.	432	
XXI. CHINA.—Dinastías IV, V y VI.	442	
XXII. Los budistas en la China.	448	
XXIII. Dinastías VII, VIII, IX, X, XI, XII y XIII.—265-907.	457	
XXIV. Tibet.	461	
Epílogo.	474	
	476	

Los Carlovíngios.—Los normandos.—Los árabes.	
eslavos.—El Fendalismo.—El Imperio trasferido á alemanes.—Sus contiendas con el sacerdocio.—Reinos musulmanes.—Ciencia.	
Capítulos.	
I. Luis el Pio y sus hijos.	483
II. Los Carlovíngios en Francia, 840-888.	495
III. IncurSIONES de los sarracenos.	502
IV. NORMANDOS.—Islandia.—Edda.—Sagas.	511
V. Los normandos en Francia.—Reinos escandinavos.	522
VI. Los normandos en Inglaterra.	528
VII. Los normandos en Italia.	540
VIII. Eslavos.	545
IX. Los normandos y los eslavos en Rusia.	553
X. Raza finica.—Húngaros.	559
XI. Fin de los Carlovíngios.—Los Capetos.	565

EDAD MEDIA

Discurso preliminar.	Págs.	5
----------------------	-------	---

LIBRO VIII

EDAD MEDIA.—Mundo oriental.—Justiniano.—Los Códigos.—Cosroes.—Heráclito.—Mundo bárbaro.—Ostrogodos.—Longobardos.—Visigodos.—Francos.—Sajones.—Mundo cristiano.—Papas.—Conversiones.—Doctrinas.

Capítulos.	Págs.
I. Estado del mundo.	35
II. IMPERIO DE ORIENTE Y DE PERSIA.—Desde Teodosio II á Justino.	40
III. Justiniano.	46
IV. Los códigos romanos.	59
V. Desde Justino II hasta Heraclio I.	75
VI. Los bárbaros en Italia.—Teodorico.	83
VII. Fin del reino de los ostrogodos.	92
VIII. Los longobardos.	99
IX. Los francos.	113
X. Los visigodos.	128
XI. Inglaterra é Irlanda.—Anglo-Sajones.	138
XII. La invasion.—Condición personal de los bárbaros.	148
XIII. Constitución política de los bárbaros.	160
IV. bárbaros.	177
es de los bárbaros.	189
cristiana.	199
	213

LIBRO IX

ARABIA.—Mahoma.—Elislam.—Los Califas.—Conquistas. ESPAÑA.—Los moros.—IMPERIO GRIEGO.—Los Iconoclastas.—FRANCIA.—Los mayordomos.—Segunda raza.—Carlomagno.—ITALIA.—Caída de los longobardos.—Poder temporal de los papas.—Renovación del imperio de Occidente.—CHINA. Dinastías V, VII.—Budismo.—Tibet.

Capítulos.	Págs.
I. Arabia.	265
II. Mahoma.	279
III. El Corán.	293
IV. Primeros califas, 633-661.	308
V. Los Omíadas, 661-750.—Califato hereditario.	320
VI. Los Abasidas, 750-809.	327
VII. Los árabes en España.—Califato de Córdoba.	333
VIII. IMPERIO GRIEGO.—Los Heráclidas, 641-711.	343
IX. Emperadores Isáuricos, 711-802.	357

lo de Luis
tirles reclamar en la
había sido arrebatado.
misma corona estuvo al abrigo
nes. Conferían los grandes vasallos a
propietarios libres, las tierras que habían o
del rey a título de beneficios, á fin de volverlas
comprar á título de alodios independientes; ó bien
se los dejaban á sus hijos bajo el falso título de
alodios, lo cual cambió su índole con el trascurso
del tiempo. Toda la política de los leudos consis-
ta en sustraer al rey tantas tierras como necesi-
taba para poder negarle el homenaje. Dueños del
territorio, ocupados en cacerías y en combates,
dominaban á sus vasallos y á sus colonos, que se
cambian en siervos del terruño. En la misma
única que conserva la antigua
utado al poder por

obligaba
á los que sostenían los griegos. Pagos hecha
y á los que podían los, sin tener
los señores favorables á los
ya á sus antiguos señores y repudiando al nuevo.
se encontraban libres de de le
que recibían

El mismo reino se separaban los principados que en la playa occidental del Mediterráneo se engrandecían rechazando los ataques de los sarracenos; así como en los Alpes, los cantones de las montañas de la Helvecia, no reconociendo sino la supremacía del imperio, consolidaban su independencia municipal, que se levantó luego gigantesca, cuando la tiranía austriaca trató de comprimirla. El resto de Francia estaba dividido en siete grandes señorios: la Francia propiamente dicha, esto es, Isla, Orleans y Lion; los ducados de Borgoña, Normandía; el de Aquitania, que después de su

cuña, sobrepujó en poder al rey Tolosa, el de Flandes, conquistado y pantanos; y el de Vermandois, del condado de Troyes, que después tomó el nombre de Champaña. Eraron á sí poco á poco los obispos, el go de otras ciudades, ó lo impetraron de los es. Habiéndoles otorgado Carlos el Calvo las tribuciones de los delegados reales, se prevalecieron ellas para convertirse en señores territoriales y rivalizar con los magnates. Los mismos reyes favorecieron su engrandecimiento, para hacer de él un contrapeso al poder de los barones; de aquí procedieron los seis pares eclesiásticos, que tenían preponderancia sobre los seis pares seglares (5), y á la cabeza marchaba el arzobispo de Reims. En estos Estados en el Estado de Francia no hubo bajo la dominacion de los Merovingios logios, desmembramientos accidentales, principados hereditarios de larga duracion, con leyes propias, las cuales cada una podia contener una historia particular, y la autoridad se encontraba fraccionada hasta el infinito, desde el rey, á quien pertenecia la soberania de los grandes vasallos, hasta el simple castellano, de quien solo dependia un pequeño número de campesinos.

Los seis seglares eran los condes de Vermandois, Tolosa, de Flandes, y los duques de Borgoña, de Aquitania, de Guyena y de Normandia; los pares eclesiásticos eran los obispos de Noyon, de Beauvais, de Chalons, de Reims y de Sens.

